

UNA LECTURA DE «CAMPERAS», DEL PADRE CASTELLANI

Por BERNARDINO MONTEJANO (*)

1. EL ORIGEN DE LA OBRA

Según relata Hugo Wast en el prólogo del libro, el origen del mismo, se encuentra en unas colaboraciones del autor aparecidas en la revista «El Salvador», publicada en el Colegio homónimo, bajo el título: *Fábulas camperas*.

Pero en definitiva, la obra se publica con el título: *Camperas. Bichos y Personas*, pues además de fábulas, que contienen moralejas, a veces explícitas, encontramos cuentos y algún relato breve, como el de la amistad, que no encaja en el género por más que lo intente el autor (1).

2. EL MEJOR AMIGO

Por allí voy a empezar; porque fui testigo privilegiado de la encarnación del relato; que volveré a contar para que alguien lo recuerde y algún día lo vuelva a transmitir.

No quiero correr el riesgo que suceda lo temido por mi amigo el escribano Wimpi Calandra que una mañana, antes de que apareciera el libro *Aproximación al Principito*, mientras me recibía, siempre solícito y cordial, en

(*) Universidad Católica Argentina de Buenos Aires.

(1) Siendo Castellani un realista filosófico, tal vez ha pecado aquí un poco de idealismo y su afán por hacer entrar en una especie algo a la fuerza, me recuerda a un profesor que hizo culto de la teoría tridimensional del derecho y de quien, se cuenta explicaba su doctrina con el ejemplo del placard, una especie de «Lecho de Procusto jurídico», donde lo que no entraba con suavidad, lo hacía a la fuerza.

el Registro de la Propiedad, me preguntó: ¿Cómo anda tu libro acerca de Saint-Exupéry? Mi respuesta, que intentaba justificar la demora, no fue para él muy convincente, porque en forma enérgica, trató de persuadirme mientras me señalaba con el índice: «Te vas a morir y no nos vamos a enterar lo que pensaba Saint-Exupéry».

Por eso contaré lo sucedido hace poco más de cuarenta años. Era entonces muy joven y mi padrino, Enrique von Grolman, uno de los dos grandes amigos que tuvo Castellani, según Sebastián Randle que algo sabe del asunto porque hace más de una década que lo estudia, o uno de los tres, según el Padre Carlos Biestro, fue atacado por una implacable enfermedad que lo llevó a la tumba a los cuarenta y ocho años. En su recordatorio se leen las palabras del Libro de la Sabiduría: «Aun viviendo breve tiempo, llenó una larga carrera, porque su alma era grata a Dios; por eso se apresuró a sacarle de en medio».

Y ¿quién era von Grolman? Un hombre que vivió bajo el signo de la grandeza, un magnánimo que se destacó entre tantos pigmeos. Una prueba de ello es el préstamo que hizo al Padre Castellani, sin pedirle ni siquiera un recibo, del dinero con el cual un nómada deja de ser tal; como nobleza obliga el beneficiado documenta su obligación en la dedicatoria a su amigo de su libro *La muerte de Martín Fierro* que dice así: «el día de hoy en que le debo mi "vivien- da" que es más que "domicilio" y una obra de caridad que ha sido una obra de arte: un acto de verdadera amistad. Toda obra de verdadera amistad es una obra de arte – porque 17.000 \$ facilitados no se pueden llamar poca cosa hoy en día, pero – la manera exquisita de usarlos no tiene precio. L. Castellani, 23, VII 1953».

La gratitud por el gesto de inusual generosidad, anidó para siempre en el noble corazón del sacerdote y por eso, diez años después de la muerte de su amigo, con ocasión del casamiento de su hija mayor, la reitera en carta dirigida a Elena Canevari de von Grolman: «9 X 68 Querida Poli... Recuerdo a Enrique continuamente, porque le debo tanto; es decir, le debo lo indecible... Suyo en Xto. Jesús. L. Castellani».

Enrique von Grolman era un hombre de un valor extraordinario, cuya doctrina aparece en apretada síntesis en la carta al General Franklin Lucero, entregada personalmente el 13 de julio de 1955: «Siento profundamente la Argentina mía. Ella se realizará en plenitud por la fuerza espiritual de su Iglesia Católica, Apostólica y Romana; el honor y bizarría de su Ejército, su Marina y su Aviación; el señorío y responsabilidad de sus clases dirigentes y la dignidad de sus ciudadanos. Ella será y entonces seremos» (2).

Ante el recurso a nuevos Judas, promovidos por quienes entonces detentaban el poder, von Grolman reclama la identificación de la Patria con la única Iglesia de Cristo; ante la deserción de las Fuerzas Armadas, que no pudieron

(2) *Los panfletos*, Ed. Itinerarium, Buenos Aires, 1955, pág. 260.

impedir entonces, que «se consumara el salvaje atentado contra la Iglesia de nuestra Patria», como denuncia el texto; ante una conducción política que apuntaba a «reducir a los hombres a un común denominador de enanismo moral por el estímulo de los apetitos inferiores y por la imposición de hábitos de servilismo, de adulación al poderoso, de mendacidad sistemática, de renuncia a las legítimas libertades» (3); ante ciudadanos convertidos en aborregado rebaño, en masa informe e idiotizada, la carta es una vigorosa afirmación del ser nacional.

Ella sirve también de cartabón para preguntarnos hoy, y enjuiciar la actualidad: ¿Hay fuerza espiritual en la Iglesia? ¿Hay honor y bizarría en las Fuerzas Armadas? O ¿tal vez sus jerarcas vuelvan a poner en vigencia el «Decálogo del soldado argentino», inventado en tiempos de Lucero, en el cual faltaban, como denuncia von Grolman, «palabras que el idioma castellano contiene en abundancia: vocación, honor, dignidad, decoro, valor, intrepidez, coraje, arrojo, denuedo, bizarría, sacrificio, austeridad, franqueza, firmeza, caballerosidad?»; ¿Hay señorío y responsabilidad en los dirigentes? ¿Hay dignidad en los ciudadanos?

Además, von Grolman nos señala los medios para construir el edificio de la Patria: «este destino será forjado por el trabajo silencioso, el sacrificio y la conducta austera. Verdad, valor moral y autenticidad en todo. En nada el narcisismo, la vanagloria y la fanfarronería».

Enrique von Grolman eligió el ser y no el estar. Por eso lo recordamos, porque el ser permanece, mientras el estar cambia con el suceder temporal. Es lo que escribíamos no hace mucho a un Monseñor: tal vez pertenezcamos a dos categorías de personas separadas por un abismo: las que prefieren el estar y las que optan por el ser.

Me temo que Ud. pertenezca a quienes eligieron el estar; estar bien con los signos de los tiempos convertidos en normas; estar bien acomodados con los poderes de turno, ideológicos, políticos, culturales, periodísticos, económicos; estar siempre en la cresta de la ola. Yo pertenezco a quienes elegimos el ser y su afirmación, aunque sea en el desierto; su encarnación en nuestra vida, a pesar de sus consecuencias.

Hermosa lengua castellana que, al decir de Leopoldo Eulogio Palacios, nos permite distinguir entre el ser y el estar, entre «lo necesario e inmarcesible y lo caduco y lo transitorio».

Por eso me siento heredero de Castellani y de von Grolman, quien minado por su enfermedad, cada vez que Castellani concurría a visitarlo y lo hacía en forma casi cotidiana, «se ponía alegre».

Como lo reconoce el autor en el relato: «Yo también me ponía alegre. Y estábamos alegres todo el tiempo. Era mi mejor amigo» (4).

(3) Soaje Ramos, Guido «Sobre la politicidad del derecho», separata del *Boletín de Estudios Políticos*, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1958, pág. 110, núm. 9.

(4) *Camperas. Bichos y Personas*, Ed. Diction, Buenos Aires, 1976, pág. 219. En adelante citaremos directamente en el texto.

3. UN TEÓLOGO «TELÚRICO»

Hace también muchos años se me ocurrió bautizar a un querido amigo, Rafael Jijena Sánchez, como «el teólogo telúrico», quien en un reportaje respondía que «no hay cultura verdadera si no está integrada entre el folklore y la metafísica. El folklore es la raíz y la metafísica la copa. La metafísica sin folklore carece de arraigo y el folklore sin metafísica carece de fundamento»; para luego aclarar su concepto de folklore y distinguirlo de ciertos festivales iguales a «cosa barata explotada comercialmente. El folklore es una cultura decantada por el tiempo hasta hacerse anónima, que lleva el pueblo por tradición...».

Jijena reconoce «que en su pecho de indio, se ha ganado la Cruz», y nos recuerda el dolor de la ruptura de vínculos cuando tiene que abandonar la Catamarca donde transcurrió su infancia, aunque había nacido en Tucumán:

«Cuando salí de mi tierra
de nadie me despedí
las piedras lloraron sangre
y el sol no quiso salir».

Una poesía de Jijena muestra el vínculo misterioso que nos une con la Patria, que es una madre. Como esto hoy muchas veces se olvida y la virtud de la piedad se encuentra en crisis, vayan estos versos suyos, parte del tesoro de nuestra tradición:

«Dulce patria estás en mí
como la sal en el agua,
como el pájaro en el vuelo
como la luz en la llama.

Madre patria estoy en ti
En el canto y la plegaria,
en el cuerpo de la sangre
Y en el hálito del alma.

No me olvides ni me dejes
Oh mi dulce madre patria;
Y cuando la noche sea
Sobre mi frente doblada,
Que tus ángeles de fuego
Me reciban en sus alas» (5).

(5) El reportaje se encuentra en *Cabildo* Año 1, núm. 2 Buenos Aires, junio de 1973 y fue obra de nuestro recordado amigo Víctor Tomás Beitía; la copla «Cuando salí de mi tierra», se encuentra en libro de Arturo López Peña, *Rafael Jijena Sánchez y su mundo poético*, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1975, pág. 41 y la poesía «Madre Patria» se encuentra en el libro *El árbol de fuego*, Ed. Itinerarium, Buenos Aires, 1954, pág. 9.

También Castellani era un teólogo telúrico, bien plantado en la tradición y a la vez abierto a todo lo positivo de las «cosas nuevas»; él siempre supo unir su sabiduría profunda, con una expresión de la misma, criolla, comprensible y actualizada, ¡en serio!, no como la «actualización» de tanto mamarracho clerical de nuestros días, que es superficialidad, rebajamiento y chabacanería, que dilapida siglos de cultura para rendirle culto a baratas expresiones mundanas de nuestro tiempo.

Hugo Wast en el prólogo afirma el carácter telúrico de las fábulas de Castellani, que «son cosa nuestra. Está en ellas toda la tierra argentina, el Chaco y la Pampa, y el río y los bañados, y en el espíritu del Chajá, y del Zorzal, y del Zorro y del Loro y de la Comadreja, y del Tigre y del Pirincho, y de la Palomita de la Virgen, está de tal manera vivo y animado el espíritu humano, que inmediatamente se nos ocurre decir: el Chajá es don Fulano; la Comadreja es doña Fulana, y la Palomita de la Virgen es tal o cual chica que hemos conocido y de quien nos han hablado, que murió de pena o de amor». (Pág. 10).

Así no aparece el león sino el puma, el avestruz sino el ñandú y el tigre, no es el de Bengala, sino el yaguareté.

La «importación» de animales es criticada por nuestro poeta y también recordado amigo Miguel Angel Etcheverrigaray en «Huella de Epifanía»:

«Camellos en mis pagos
no hay o son gringos,
por eso aquí los Magos
montan un pingo.
Baltasar un tordillo,
Gaspar un moro,
Melchor un doradillo:
Tres fletes de oro» (6).

4. LA MUSA DE LA FÁBULA

En la Introducción, cuenta Castellani que cuando decidió escribir fábulas, se le apareció la Musa, quien lo advirtió contra plagiarios y copistas: «Un libro no se debe hacer sino cuando uno ha concebido allá dentro un concepto vivo que debe salir a la luz para bien del mundo», para sentenciar más adelante: «más vale salir pobre, que no vestido de ajeno» (pág. 11); luego insiste y remarca en *La gran bestia*, por boca del Venado: «al que se viste de ajeno... en la calle lo desnudan» (pág. 124).

(6) *Libro de leguas*, Ed. Francisco Colombo, Buenos Aires, 1957, pág. 119. El único «camello» autóctono es el director de *Gladius*.

Fabulistas famosos se encuentran entre los copistas, por lo menos de ideas y así la fábula de Estesícoro *El Caballo y el Ciervo* sobre Fálaris, aludida por Aristóteles, se encuentra puesta en versos en Samaniego bajo un título ligeramente diverso: *El Caballo, el Ciervo y el Cazador* pero con el mismo contenido (7).

5. LA FÁBULA COMO ESPECIE DEL EJEMPLO

Al hablar de los argumentos retóricos comunes a los tres géneros de discursos, el deliberativo, el judicial y el epidíctico, Aristóteles divide al ejemplo en dos especies: «el histórico», en el cual se relata algo sucedido y «el inventado», el cual divide a su vez en «parábola» y «fábula».

El ejemplo histórico posee la fuerza de la semejanza entre lo efectivamente acaecido y lo que podrá suceder en análogas circunstancias. Sin embargo, el ejemplo inventado, «resulta más idóneo para expresar mejor lo que se requiere resaltar a través de la semejanza».

La parábola expone hechos de la vida humana y así Sócrates muestra que elegir a los magistrados por sorteo es tan absurdo como elegir por ese procedimiento a los atletas o los pilotos. Dentro de este capítulo se destacan las parábolas evangélicas, las cuales, según Castellani son un cuadro, que pertenece al género «símbolo», mezclado con un humorismo teológico, cuyo contenido sólo puede vislumbrarse desde la penumbra de la fe, pues aparecen realidades sobrenaturales como la gracia o la misericordia divina, que se elevan sobre el orden moral natural sin derogarlo (8).

Los ejemplos inventados son razonamientos retóricos que buscan persuadir y entre ellos, afirma el Padre Alfredo Sáenz S.J., la parábola es más digna «por el hecho de que se inspira en hechos de la vida humana y no de la vida animal o irracional como sucede en las fábulas» (9).

Hesíodo fue el inventor de las fábulas cuando hizo dialogar al gavián y al ruiseñor para dar una lección a su hermano Perses.

Pero el gran fabulista de la antigüedad fue Esopo, nacido en el año 560 antes de Cristo y despeñado por los habitantes de Delfos por causa de una fábula: la de los leños que flotaban sobre el agua, que de lejos parecen algo y de cerca no son nada.

(7) Hoy abundan los plagarios y los copistas, uno de ellos que hace honor a su segundo apellido pues se llama Catapano Copia; al respecto ver nuestra obra *Ética Pública*, Ed. Cruzamante, Buenos Aires, 1996, págs. 53 y ss.

(8) *El Evangelio de Jesucristo*, Ed. Theoría, Buenos Aires, 1957, págs. 466 y ss.

(9) Sáenz, Alfredo S.J. *Las parábolas del Evangelio según los Padres de la Iglesia*, Ed. Gladius, Buenos Aires, 1994, pág. 21.

Algunos frívolos ignorantes, que hablan de los «mártires de la democracia», lo podrían llamar mártir de la fábula, pero como el término mártir tiene un unívoco sentido: dar la vida por Cristo, lo llamaremos «el héroe de la fábula» que selló la enseñanza con su sangre y fue llamado por Platón «su preceptor».

Una muestra de su inteligencia es la respuesta a Chilón, uno de los siete sabios de Grecia, quien le preguntó acerca de en qué se ocupaba Júpiter: «en rebajar las cosas altas y en levantar las pequeñas». ¿No habrá soplado allí el Espíritu, que sopla donde quiere, como un genial anticipo de la afirmación evangélica: «los últimos serán los primeros»?

La fábula es pues, una narración por lo general breve, inventada, en la cual intervienen hombres y seres irracionales, animados o inanimados, o entes de razón, que hablan y actúan, quienes a través de sus actos encarnan virtudes y vicios y nos dejan una enseñanza moral.

6. LAS FÁBULAS DEL COLMENAR

Por su conocimiento de las abejas, el P. Castellani parece haber sido apicultor. La abeja es señalada por Virgilio y luego por San Francisco de Sales, como modelo de perseverancia, en oposición a la mosca voluble y al abejorro ruidoso. Ella se detiene en las flores, liba a fondo el néctar, lo lleva a la colmena y nos regala la miel.

a) La abeja ladrona.

Esta fábula se refiere a la importancia de la formación de los buenos hábitos o sea de las virtudes en la niñez y en la juventud.

Una abeja que había ingresado en la «edad del pavo», esa en la cual es fácil entrar y difícil salir, como decía mi sobrino Horacito Payá «Crespi», vio en la repisa de otra colmena un charquito de miel. Y fue advertida por una veterana: «¡Es miel ajena, no huelas! ¡Al trabajo, a las flores de alfalfa que esta noche abrieron!»

Pero la abejita sucumbió a la tentación, bebió la miel ajena y volvió repleta para elaborar una cera blanca y abundante, por lo cual fue felicitada; «pero a los dos días la miel de la repisa se acabó y ella estaba convertida en ladrona».

Castellani cuenta los infortunios de su vida de ladrona, sus peleas y cicatrices, hasta que un día volvió con una pata arrancada jurando que no robaría más. «Ojalá, —dijo una obrera...—, pero lo dudo. Cuando desde joven se ha tomado el gusto a un vicio es difícil destetarse». Y como afirma San Francisco de Sales, «de todos nuestros pecados, el más fácil de evitar es el primero».

Otras dos fábulas nos dejan la misma enseñanza: *El cicutal* y *La langosta*.

En la primera don Agapito tenía un maizal y un día vio una planta de cicuta al lado y otro día un cardo y los dejó crecer por dejadez o por estética, ya que la primera tenía flores blancas y la segunda una flor azul. Lo atacó el reuma y estuvo dos meses en cama. Cuando se levantó, su maizal casi había desaparecido, entre los cardos y el cicutal... «¡Hay que desarraigar el mal aunque sea lindo y cuando más lindo sea, más pronto!» (pág. 57).

En la segunda se destaca la conclusión: a la langosta hay que matarla cuando es mosquita porque cuando se hace voladora no hay quien la ataje (pág. 69).

En *El Principito* Saint-Exupéry coincide con Castellani e ilustra la cuestión con el «*drama de los baobabs*», estas plantas que si no se arrancan a tiempo, perforan y hacen estallar el planeta. Son los vicios, que si no se desarraigan en la niñez hacen estallar el alma. De allí su insistencia en el tema y el dibujo del planeta del perezoso, único en el libro por su grandiosidad y que se niega a retocar ante la sugerencia de un amigo, porque según él era un milagro.

b) La reina de las abejas.

Esta fábula se puede estudiar junto con otra denominada «*no ama la vida común*» (pág. 177).

Aquí aparecen dos temas: el de los talentos de la parábola evangélica y de los deberes que manan de ellos; su olvido y sus consecuencias, es el primero; el vaciamiento de la colmena, es el segundo.

La reina un día decretó una huelga permanente. No puso más huevos y no crió más abejitas. Invocó sus derechos y se olvidó de sus deberes.

Al principio todo iba bien, pero pocos meses después empezó el proceso de envejecimiento de la colmena. Empezaron a morir las obreras y a no dar abasto las ancianas sobrevivientes en «las tareas de limpieza, conservación, ceramen, propóleos, policía y acarreo, mal comidas y desanimadas». La reina quiso reaccionar, pero era tarde y pereció con su pueblo. Había olvidado que los que reciben mayores dotes de Dios están también sujetos en este mundo, so pena de ruina a una mayor carga de pena y trabajo (pág. 19).

Este tema lleva a reflexionar acerca del envejecimiento de las poblaciones, problema trágico en ese primer mundo al cual aspiramos a ingresar. Anselm Zurfluh, en su excelente libro *¿Superpoblación?*, muestra diversos modelos de pirámides poblacionales: normal (Estados Unidos 1900), el equilibrio (Francia 1973), el equilibrio menguante (Francia 1977), la mengua (España y Portugal 1977), el hundimiento (Austria 1990) y el suicidio (Alemania 1976). «Las dos últimas pirámides no son quimeras. Actualmente existen regiones que señalan disminuciones de un 50 por 100 de la natalidad en una sola generación».

Dentro de veinte años más de la mitad de los habitantes tendrán más de 60 años. Por cada nacimiento se contabilizarán veinte féretros... (10).

El segundo tema es el vaciamiento interior de la colmena inficionada por la polilla, mientras continúa una «vida común», debilitada, anémica... pero con las mismas apariencias externas.

Esa «cáscara» no satisface a las abejas jóvenes que quieren otra cosa. A ellas les repugna la «filosofía de la exterioridad», que pone el acento en las apariencias. Ellas saben que, si la colmena se desvitaliza, si la tradición se anquilosa, si el orden se vuelve farisaico, de nada sirven las murallas agrietadas, por más que se remienden, por más que sea expulsado algún gusano y se tape el cráter con cera y propóleos.

Las jóvenes levantan la bandera de la veracidad, se produce el choque y las viejas las excomulgan y anematizan. Hasta que un día, multiplicado el descontento, arrastran a la reina para fundar una nueva colmena sobre bases limpias. Y las viejas «se pliegan o se mueren».

Un texto de Saint-Exupéry servirá para la conclusión: «consideraba de nuevo esta ciudad que se iluminaba a la tarde... Y a pesar de la carne de la que estaba plena, me vino la imagen de una planta seca, cortada de sus raíces. No había ya allí un ser vivo del que cada parte resonara sobre la otra; no existía ya allí un corazón anudando la sangre para volcarla en toda la sustancia; no había ya una carne única, capaz de regocijarse junta los días de fiesta... Era... una corteza de ciudad llena de muertos que creían vivir. Me decía: he aquí un árbol que se va a secar... Y me pareció que mi ciudad necesitaba llenarse nuevamente de savia. Era preciso volver a ligar al tronco nutricio todas las ramas. Era preciso llenar los graneros y las cisternas con sus provisiones de silencio» (*Citadelle*, XXXIV).

Considero que esto se aplica hoy a la Argentina, carcomida por la polilla, amputada de sus raíces, llena de muertos espirituales preocupados por imitar a otros muertos más ricos, clausurados en la eficacia, en el medrar, en el negociado o el soborno. Así la vemos con dolor, pero con la ilusión paciente de que no todo está perdido, de que es posible recuperar la savia, ligar el tronco con las ramas, llenar los graneros espirituales con provisiones de silencio, no olvidando que la gran tarea es vitalizar con la tradición nuestra cultura y restaurar el tejido social a partir de la familia, como canta Martín Fierro:

«Mas Dios ha de permitir
Que esto llegue a mejorar
Pero se ha de recordar
Para hacer bien el trabajo
Que el fuego pa' calentar
Debe ir siempre por abajo (4840).

(10) Ed. Rialp, Madrid, 1991, pág. 72 y ss. Acerca del tema consultar el excelente libro de Jorge Iván Hübner Gallo *El mito de la explosión demográfica*, Ed. Joaquín Almirós, Buenos Aires, 1968.

c) El sol artificial.

Aquí aparece otra colmena ubicada junto a un potentísimo farol, que engañó a las abejas; pensaron que era de día y trabajaron sin pausa; libando las flores abarcadas por el radio de ese sol artificial, duplicaron la producción de otras colmenas.

No se sabe cuál fue la causa, si el *surmenage*, hoy se diría el estrés o alguna otra, pero la colmena se arruinó en poco tiempo.

La enseñanza es que el trabajo en esta tierra debe hacerse a la luz del sol, cuyo papel en el mundo sensible, compara Platón con la idea de Bien en el mundo inteligible. El sol representa al fin y al cabo a Dios, Principio y Fin. Sin embargo, hay eficaces que «se fabrican con la luz de las cosas terrenas un sol artificial» o sea un ídolo, «pero habiéndose apartado del orden esencial van inevitablemente a la ruina» (pág. 20), a la larga o a la corta, pues como señala Saint-Exupéry esos ídolos son carnívoros, devoran a sus adoradores.

d) La abeja pesimista.

Castellani era chico y estaba en cama enfermo; se pasó horas observando a una abeja, que había entrado por la banderola. Al intentar una y otra vez volver al jardín atractivo, se estrellaba contra el vidrio de la ventana.

Parecía no escuchar la advertencia del enfermo: «¡Hay que volar arriba, abeja, arriba, por donde entraste!».

La abeja era movilizada por el instinto de volar hacia la luz, pero su vuelo chocaba con los vidrios empañados de las falsas filosofías, las filosofías ateas que niegan «la banderola de arriba por donde entra el aire del cielo» (pág. 24).

Hace años, un hombre honrado, Albert Camus escribió: «los genios malos de la Europa de hoy llevan el nombre de filósofos: se llaman Hegel, Marx, Nietzsche... vivimos en su Europa: la Europa que ellos han hecho. Cuando hayamos llegado al extremo de su lógica nos acordaremos de otra tradición, la que no ha negado jamás lo que constituye la grandeza del hombre» (11).

Esta no es otra tradición que la cristiana. Ella se funda en el sacrificio redentor del Mesías. Cristo, a quien lo recibe, le da el poder de «hacerse hijo de Dios», consorte de la naturaleza divina. Mayor grandeza, mayor dignidad es imposible.

Finalmente, entre las *Fábulas del rey de los animales* se encuentra una reflexión, que no es fábula, acerca de las «fuerzas del hombre» (págs. 151-2) donde un joven se pregunta ¿por qué el hombre tiene que enfrentar la batalla

(11) «Nouvelles Littéraires», cit. por Charles Moeller, *Literatura del siglo XX y cristianismo*, Ed. Gredos, Madrid, 1964, tomo 1, pág. 44.

de la vida tan desarmado, por qué El que nos creó hambrientos de Infinito y de Eternidad no nos dio fuerzas infinitas y eternas?

«Nos dio la oración —respondió el sacerdote a su lado—, la oración que es la mano que nos tiende el Todopoderoso, el que ha hecho todas las cosas bien y ha abierto a cada criatura su propio camino».

7. FÁBULAS DEL OMBÚ

La risa del Pirincho.

Cuando Júpiter repartía sus dotes entre los bichos vivientes los Pirinchos le pidieron la risa para ser felices. El se la concedió a pesar de advertirles que «la felicidad, si la hay en la mortal vida, debe ser una cosa más honda» (pág. 33).

Desde entonces, los Pirinchos, que nunca fueron muy vivos, «empezaron a reírse a carcajadas de una hojita que caía, del viento que soplaba, o bien de nada... fueron empeorando. La segunda generación de Pirinchos salió sonsa... y la tercera, estúpida de solemnidad... y hasta sus nidos son un montón informe de ramas donde una docena ponen sus huevos en común... Se han hecho comunistas los pobres» (págs. 33/4).

Si la eutrapelia es una virtud anexa a la templanza que modera nuestra conducta festiva, en los extremos viciosos, no ubicaremos a los Pirinchos entre los amargos o rústicos, sino entre los que se exceden en lo risible, calificados por Aristóteles como «bufones y gente grosera que procuran a todo trance hacer chistes» (*Ética Nicomaquea*, Libro IV, Capítulo VIII).

Además, como señala Santo Tomás, «puede existir exceso en virtud de las circunstancias, como... recrearse en tiempo y lugar indebido o en forma que desdice la dignidad de la persona» (*Suma Teológica*, 2-2 q.168 a.3).

Siempre recuerdo a un Prelado que parecía haberse contagiado de los Pirinchos. Así un día, con mi amigo el Profesor Ricardo Mainelli, tuvimos que soportar una media hora de «pirinchadas», cuando se daban las razones por las cuales un grupo de sacerdotes recibía una distinción. Lo cual llegó al colmo cuando, en medio de una grave sequía, se refirió al párroco de San Isidro Labrador. A un hombre de notables méritos, lo distinguía para que rezara al patrono de su parroquia, para que por su intercesión lloviera. Todo esto en un marco de bufonadas burlonas nada eutrapélicas, propias además de un hijo del asfalto, sin el menor respeto por la tragedia de otros, por la realidad del campo pintada en una milonga de José Larralde: «Las vacas están en la calle lamiendo raíces de cardo, porque ya no dentra el diente por más que la anden porfiando. El cuero se pega al hueso, el hambre las va doblando. Hombres flacos, vacas flacas, banquete pa' los chimangos».

Además el hombre no se singulariza por la risa, sino por la sonrisa. Es lo que, con su claridad habitual, advierte Saint-Exupéry: «los cuidados prestados al enfermo, la acogida ofrecida al proscrito, el perdón mismo no valen sino gracias a la sonrisa que ilumina el acontecimiento. Nosotros nos complacemos en la sonrisa por encima de los lenguajes, de las castas y de los partidos» (*Lettre à un otage*, IV).

8. FÁBULAS DE LA ESTANCIA

a) El bien que nos hacen.

Esta fábula que se refiere a las gaviotas y el maizal la comentaremos junto a la llamada *Los murciélagos*.

Ambas apuntan al problema ecológico, anticipado por Castellani en su recto sentido, sin caer en los errores de los ecologismos parciales e ideológicos.

Durante diez días, un chacarero mató a las gaviotas que comían su maíz, contra la opinión de su mujer, que aquí tenía razón y experiencia: «todos los años vienen y la cosecha no falla».

«Ese año se perdió la mitad de la cosecha... y al año siguiente entera» (pág. 41), porque apareció una plaga de gusanos que comían los maizones hasta el marlo y que hasta entonces eran alimento de las gaviotas.

En el casco de la estancia «El Reposo» pasó algo parecido. Se eliminó a los murciélagos poniendo en cada boca de salida del techo, un palo empapado con gamexane o algo peor. Al salir se envenenaban y la galería y el pasto se llenaron de diablitos muertos. Acabada la matanza la casa fue invadida por nubes de mosquitos que antes eran devorados por los murciélagos. Días después apareció en el periódico local un aviso: «Se compran murciélagos vivos. Buena paga. Traerlos a «El Reposo» (pág. 213).

La moraleja de la primera fábula sirve para las dos: —¡El bien que me hacían las gaviotas y yo no supe!— dijo el chacarero. El bien que nos hacen no lo vemos y el mal que nos hacen aunque sea pequeño, enseguida lo notamos.

Por suerte, todos los esfuerzos de mi mujer por acabar con los murciélagos en nuestro campo «San Joaquín», en uno de los cuales casi se incendia el casco, resultaron estériles. Los murciélagos siguen vivitos y volando todas las noches con sus radares. Por suerte, son nativos y no importados, pertenecen a la querencia, integran su peculiar geografía nocturna.

b) Dios los cría.

Esta fábula recoge las quejas del Perezoso, por sus grandes proyectos no realizados por culpa de los demás; de la Víbora, sin amigos y siempre perseguida y del Zorrino, enfermo de soledad.

Hasta que un día, se pelearon «cantando las verdades bien clarito a grito limpio e insulto seco, como comadres de conventillo. Al Perezoso le dijeron que él era el haragán, a la Víbora que la mala y perversa era ella» y al Zorrino, que no sentiría el tufo de los otros, «si se oliese a sí mismo»... (pág. 52). Y a los tres que cada uno es hijo de sus obras.

Los hombres todos, no sólo somos hijos de nuestras obras, sino de nuestros pensamientos, como lo resalta Lope de Vega en *El palacio confuso*, aunque cometiendo el error de reducir esa filiación a ciertos hombres, los «más principales»:

«Hijos de sus obras son
los hombres más principales,
Y con ser mis obras tales, hoy no quiero este blasón.
Hijo de mis pensamientos
Soy agora y noble tanto,
Que hasta los cielos levanto máquinas sobre los vientos».

c) Villanos.

Hace ya muchos años escribimos un artículo titulado «Otra vez la hora de los enanos», pues se repetía en nuestra Patria el panorama descrito por José Antonio Primo de Rivera en 1931, en España. Estaban a sus anchas los «enanos, abigarrados, mezquinos, chillones, engolados en su mísera pequeñez, mientras se agitaban y babeaban revolcándose impudicamente en su venenoso regocijo».

Los enanos de la Pampa son las catangas cascarudas, una especie de empresa funeraria de escarabajos, que empezaron a cavar alrededor del Ñandú derribado por las boleadoras: «¡Al fin caíste, Ñandú patas sucias! ¡Aprendé a comer catangas, animal sucio e idiota! ¡Metéte con el hombre que es nuestro amigo y come cosas muertas como nosotros!»

El Ñandú no pudo dar una respuesta digna porque agonizaba, pero tomó su lugar un Cardenal indignado:

«Cuando al Grande lo tumba la Fortuna
se ríe el Vil y a motejarlo empieza,
cuando el Tigre se hunde en la laguna
Le patear la Rana la cabeza» (Pág. 54).

Es un caso análogo a la fábula del León envejecido de Samaniego:

«...los que cuando era valiente
Humildes le rindieron vasallaje
Al verlo decadente
Acuden a tratarlo con ultraje:
Que, como la experiencia nos enseña,
Del árbol caído todos hacen leña...»

No todos, sino todos los miserables, los enanos, que siempre abundan, las ratas de albañal.

9. FÁBULAS DE LA CHACRA

La perdiz tierna.

Esta fábula se puede comentar junto a *Mancarrón y Parejero* y *Entecao*.

El tema es de una joven madre que mimó a su hijo en demasía, olvidando que los padres le deben dar a los hijos, además del ser y el alimento, «la disciplina», según enseña Aristóteles, la cual incluía, algún picotazo, por más que protesten ciertos psicólogos.

El hijo creció como «perdigón de nido, de invernáculo; y salió lindo, pero fofo».

Muerta la madre, entre terrores y apuros fue a quejarse al Tero de la crueldad de los demás. «No, m'hijo -le dijo el Tero-. Ninguno es cruel. La vida es cruel... El enemigo tuyo fue tu finada madre que... te ahorró las pequeñas molestias y te legó las grandes» (págs. 65-6).

El tema de los mimos reaparece en «*Mancarrón y Parejero*»; cuando hubo que huir de los indios, el parejero lobuno, «el bien comido, el bañado, peinado, rasqueteadado y desvasado cada día, el que tenía manta, pesebre y veterinario... aflojó, se rindió, fue alcanzado y muerto de un chuzazo,... mientras que el matungo de la noria... resistió y salvó a su jinete, cayendo muerto a la entrada del pueblo» (págs. 128-9).

En la fábula «*Entecao*» se compara a un gatito mimado que se enferma, cuando la madre le trae para comer una lagartija, con los padres que empañan a sus hijos «y los vuelven gordinflones inútiles» (pág. 190).

10. FÁBULAS DE LA LAGUNA PIPO

a) Estar contento

Esta fábula tiene venerables antecedentes en cuatro compuestas por Esopo: *El pavo real y la diosa Juno*, donde ésta responde a sus quejas señalándole que el mérito se repartió entre los animales según la voluntad de los hados y

que debemos contentarnos con lo que Dios nos dio, pues Él sabe lo que más nos conviene; «*La rana y el buey*», en la cual la primera se hincha y revienta, por no contentarse con su estado; «*El asno descontento*» con lo que le depara cada estación del año; «*El asno y Júpiter*», donde el primero le pide cambiar de dueño, pues no se contenta con su suerte, resultando cada uno peor que el anterior.

Aquí, todos se quejan también: la Mojarra porque no sabe caminar, la Iguana porque no sabe volar y el Tero, porque no sabe nadar; y también el Pato que camina, nada y vuela, pero todo mal.

La respuesta sensata es la del Surubí: «la felicidad en esta tierra es estar contento; para estar contento hay que estar contenido», lo que recuerda el apotegma de Solón: «todo en su medida y armoniosamente».

El Surubí recaló en la Laguna Pipo por una inundación del río Amores. Pero la seca del canal lo obligó a quedarse allí. Luego de la bronca inicial se dedicó a explorarla y pudo comprobar que el charco no era tan chico y que no se secaría mientras viviera. Desde entonces vive contento y contenido, sin perder la esperanza de que otra inundación, le abra el camino hacia «el río que él siente murmurar dulcemente atrás de los pajonales» (págs. 77-79).

b) Las Ranas.

Es una fábula con contenido político. Cuando una nube proyectó su sombra sobre media laguna, las Ranas se dividieron en sombrinas y proletarias. «Surgió la cuestión social y la lucha de clases... estalló una revolución y se mataron al grito de Libertad y Fraternidad».

Vencieron las proletarias y se pusieron a la sombra. Pero la nube se trasladó y todas quedaron al sol como antes.

Todas igualmente imbéciles, sentenció el Sapo Overo, «las que en vez de unirse en caridad contra los males que pesan sobre la especie los aumentan carneándose unas a otras por diferencias efímeras» (pág. 80).

Excelente moraleja contra la esterilidad de los odios, las disensiones, la lucha de clases y en pro de la práctica de las fecundas virtudes unitivas: la amistad y la caridad.

11. FÁBULAS DEL MAR Y DEL RÍO

a) Las Gaviotas

En esta fábula dialogan dos Gaviotas: una que viene del mar y otra que vive en un matadero donde tiene «carne a pasto», abundancia de carne podrida.

La Gaviota marinera, le propone a su parienta un destino de grandeza: volar al ras de las olas, comer pescado fresco, bañarse en la rompiente.

Pero la Gaviota pervertida prefiere a la belleza y el riesgo «su buche atiborrado de placeres fáciles».

¡Qué lección para una juventud degradada que muchas veces hoy prefiere el placer y da la espalda al heroísmo! Esa juventud que aparece en las sombras de la noche, cuando emerge un submundo tenebroso, que no conoce el sabor de sobrias madrugadas y que si frecuenta algún lugar veraniego lo hace a espaldas del mar, del bosque, de la sierra o de la montaña, de las maravillas de la naturaleza o del arte.

Dos textos de Saint-Exupéry nos servirán para concluir: «cuando digo montaña, signifique «montaña» para ti, que te has desgarrado en sus zarzas, saltado sus precipicios, sudado contra las piedras, arrancado sus flores y respirado finalmente a pleno aire en su cumbre... Y cuando digo «montaña» a un boticario graso, no agrego nada a su corazón» (*Citadelle* XXXV).

«Viejo burócrata, compañero mío... Has construido tu paz a fuerza de cegar con cemento, como lo hacen las hormigas blancas, todas las salidas hacia la luz... Te has enroscado en tu seguridad burguesa... Has alzado tu humilde muro contra los vientos y las mareas y los astros. No quieres inquietarte por los grandes problemas... Tú eres tan sólo un pequeño burgués de Toulouse. Nadie se preocupó de sacudirte los hombros cuando aún era tiempo. Ahora, la arcilla de que estás formado... se ha endurecido. Y nada, en adelante, será capaz de despertar al músico dormido, al poeta o al astrónomo que quizás habitaba en ti en un principio» (*Terre des hommes*, I).

El desafío del ascenso a la montaña, la convocatoria de los vientos y las mareas, la vigilia de los hombres ante los grandes problemas y misterios de la existencia, la respuesta al llamado de las campanas y de los clarines, la búsqueda de la plenitud humana o la degradación en la abundancia sucia o en una escasez envidiosa de la misma. La opción de la gaviota marinera es la misma que la planteada por el aviador francés.

b) En el picanillar.

Era una caña alta y egoísta, que se olvidó de su pertenencia al cañaveral o sea que buscó su provecho particular, a expensas del bien común.

Olvidó sus deberes de solidaridad y no quiso amamantar a las cañitas que surgían a su alrededor «con la enjundia más fresca de su savia»; no quiso con su sacrificio hacer posible que crecieran otras a su alrededor.

La caña individualista «quedó aislada y sola en medio de un claro. Después con la rabia de verse sola y una sequía que asoló los campos, se repudrió y ahuecó por dentro... por fin vino un ventarrón y la partió» (pág. 96).

Esta fábula tiene un valioso antecedente en la de Esopo: «*El caballo y el asno*». El caballo egoísta no quiere compartir la carga con el burro, que muere agobiado por el peso de los bultos. Y sufre el merecido castigo, porque el dueño cuerea al asno y lo abarrota con los fardos, más la piel del difunto.

Hace años, al comentar el curioso caso de un profesor universitario que pretendía borrarse de la obra social de la universidad con el argumento de que no la utilizaba, llegué a la siguiente conclusión: el hecho de la pertenencia activa de una persona a un determinado grupo social engendra una serie de obligaciones y deberes respecto a ese grupo; porque si el bien común del grupo, al ser participable por el integrante, no constituye para él un bien ajeno, constituiría una injusticia que el obligado quiera exonerarse de las responsabilidades que son anejas, como si éstas no fuesen también propias. Esta es, en definitiva, la esencia última del principio de solidaridad, la corresponsabilidad, participada y tensa, en pos del bien común del grupo.

12. FÁBULAS QUE PASARON EN EL MONTE VIRGEN

Las virtudes.

Era una curiosa asamblea de animales, que me trae al recuerdo la definición, dada a una de sus entonces pequeñas hijas, por nuestro amigo José María Spotorno, cuando ésta, de paseo por la Plaza del Congreso, le preguntó por un imponente edificio: «es un lugar en el cual se reúnen animales de toda la República». Dicho concepto fue repetido días después en el Colegio ante la pregunta y posterior asombro de la maestra.

El tema de la asamblea era las virtudes; y así el Puma se quejó de la ausencia en nuestro mundo de la magnanimidad, la grandeza del espíritu; el Zorro destacó el papel de la prudencia; el Perro la necesidad de la justicia; el Caballo la fortaleza, que incluye la paciencia; el Ñandú la templanza, que le permite llevarse cualquier cosa a la barriga.

Por su parte la Lechuza reivindicó a la soledad y el silencio; en tanto que la Golondrina, con ansias de cielos lejanos, el movimiento, la sociabilidad, la cultura.

Apareció la Calandria para destacar la contemplación; la Abeja el trabajo; la Hormiga el ahorro y el Perezoso el abandono en manos de la Providencia.

Luego el Chanco hizo la apología del buen comer, fundamento de la salud intelectual, moral y sobre todo física, la Víbora de la cautela; el Chingolo de la humildad y la Oveja de la mansedumbre.

Para cerrar el debate el presidente le preguntó al Sapo Overo cual virtud prefería y la respuesta del interpelado fue la más original: «Yo no sé. Yo no creo poseer ninguna».

Lo cual movió al Tero a considerarlo el único virtuoso y en su discurso argumentó así: «el Sapo soporta con paciencia la fealdad y la abyección que le dio el cielo; él es inerme, limpio, comedido, amigo de los pobres; él no se mete con nadie; él agradece a Dios con su pobre cantito sin gracia la lluvia que le manda; él limpia los jardines de alimañas y recibe en pago cascotazos de los chicos y patadas de los grandes... ¡Señores, la única virtud grande es la virtud que cuesta y que, además se ignora! ¡Y dejémonos, desde hoy, de canonizar nuestras propias inclinaciones, aunque sean buenas...!» (pág. 116-7).

13. FÁBULAS DEL CABALLO Y DEL PERRO

a) Flaco y barrigón.

A Matungo lo jubilaron y sea por lástima, por gratitud o por falta de estado, no acabaron sus días en el matadero para convertirse en mortadela, como tantos de sus congéneres.

Y su retiro, no fue el castigo que soportan nuestros sectores pasivos, sino una estancia jubilosa y alegre en un alfalfar florido; buena comida, abundante sombra para la siesta en los largos días veraniegos, *il dolce far niente...*

Sin embargo el viejo caballo no engordó pero echó una enorme panza, la misma que vemos en tantos humanos poco armónicos, flacos y barrigones.

La moraleja no tiene desperdicio: «lo mismo le pasa a mucha gente. Al que lee mucho y estudia poco, al que come en grande y no digiere, al que reza y no medita, al que medita y no obra» (pág. 127).

b) Agradecido.

El Boyerito Picoblanco le arrancaba las garrapatas al Zaino Malacara, quien le agradecía sus buenos servicios.

Pero apareció el Mulo a complicar las cosas, con el argumento de que el pájaro comía los bichos porque le gustaban, por interés propio y no por hacerle un favor.

El caballo le responde con la sencillez de los honestos sin vueltas: «el pájaro me hace un bien, y yo se lo agradezco sin más averiguaciones. ¿Quién hay en este mundo que haga el bien sin mezcla de interés propio? O por lo menos, ¿quién hay que pueda averiguarlo?».

Y fluye la moraleja: «el que es bueno de corazón reconoce hasta la sombra de un beneficio. Al mal agradecido, ¿cuándo le faltan pretextos para dejar de dar las gracias?» (pág. 138).

La gratitud es una virtud anexa a la justicia que hay que practicar, para conservar la honestidad. Por eso es deshonesto quien no reconoce el beneficio, quien lo critica y quien devuelve mal por bien.

Este tema, que tanto toca a las fibras morales, ya fue tratado por Esopo en sus fábulas: *el lobo y la cigüeña* y *el hombre y la culebra*, cuyas moralejas vale la pena transcribir: «Inútil es hacer el bien a los malvados, porque nunca se acuerdan de los beneficios recibidos» y «cuantos mayores beneficios reciben los ingratos, tanto más intentan perjudicar a sus bienhechores».

14. FÁBULAS SALTEÑAS

a) Mandar mal.

Esta fábula se puede glosar en forma conjunta con otra que se denomina: «*el racional y el otro*».

La primera se trata de un diálogo entre la yegua Chuncha y su dueño, quien la había llevado a beber a un río convertido en una ciénaga. Podrían haber muerto los dos hundidos en la arena, pero en un momento la yegua se resistió, luego se encabritó y ambos se salvaron por un pelo. El dueño, que no entendía la lucidez de una obediencia inteligente, la castigó al salir, mientras exclamaba: «¡Qué animales son estos animales!». A lo que la Chuncha contestó hablando con sus orejas: «¡Pero estos hombres son más brutos que nosotros!».

Luego de un rato, el dueño pretendió instruirla con unos versos:

«El que está sujeto a otro
nunca tuvo suerte blanda
pero su soberbia agranda
el rigor de que padece
obedezca el que obedece
y será bueno el que manda».

Pero al instante recibió la contundente respuesta:

«Mande bien el que está arriba
si de Dios quiere hacer caso,
si de Dios es como el brazo
no haga a Dios aborrecible
pues si manda lo imposible,
reventó la yegua el lazo» (págs. 169-70).

Tengo a una pariente de Chuncha, una yegua llamada Agustina, que además de haber parido a Pegaso, el overo rosado, el mejor discípulo, una mañana salvó la vida del muy gauchesco Patricio O'Gorman.

Esa mañana la yegua estaba mal cinchada, la montura se dio vuelta y Patricio quedó entre las cuatro patas. En lugar de asustarse se quedó parada y recordando la sentencia de Homero: «el silencio es el ornato de la mujer», no formuló palabras, sino que lo miró con ojos compasivos como diciéndole: «qué brutos son los hombres; además de a mi potrillo, tengo que andar cuidándolos a ellos».

La segunda fábula se refiere al viejo Fierro, que borracho, alucinado o enloquecido, creyendo que venía un tren, se tiró desde el puente barranca abajo. Su perro siguió el ejemplo arrojándose al vacío. Y ninguno contó el cuento.

¡Qué perro fiel! Dijo la gente.
—«No señor» —dijo el perro moribundo—
«Yo me tiré porque creía
que si mi patrón se tiraba
algún peligro en frente había
y que blandito el fondo estaba.
Él es hombre y tiene ciencia y yo soy un pobre animal.
¡Maldito el instante fatal en que confíé en su inteligencia!...

El hombre por lo general
Es un animal racional;
¡pero a veces se abaja tanto
en poder de vicios soeces,
que es mejor nuestro instinto santo
que su razón, cincuenta veces» (págs. 162-3).

Por eso la clásica sentencia: «el hombre malo es peor que la bestia», lo cual no quiere decir que para mejorar la especie humana tengamos que clausurarlos en el nivel de los instintos.

b) La huelga de las cotorras

Un día las cotorras se declararon en huelga, se encerraron en sus nidos y se quedaron allí tres meses hablando entre ellas.

Y todo mejoró. «La gente trabajaba más... Libres las cabezas de cotorreo discurrían mejor; y de eso suelen seguirse toda clase de bienes» (pág. 171).

Castellani, en su tiempo, se preguntaba: ¿No se podría probar alguna huelguita de radiotelefonía, a ver que pasa?». Hoy tenemos que ser más ambicio-

sos y sugerir una huelga de televisión, sin Grondona, Neustad y sus discípulos Haddad, Longobardi y otros; de radio, sin Magdalena y compañía; de diarios, sin «la tribuna de doctrina» y sus cotorras, incluso las cacatúas católicas como de Vedia o José Ignacio López, de revistas y hasta de carteles que por calles, subtes y plazas nos asedian y parlotean...

15. LAS FÁBULAS DE LA ESTANCIA LAS LILAS

a) El peludo.

En una reunión de animales de la familia de los manchados, fue obligado a concurrir el peludo, pues según los demás, era la causa del envenenamiento de todas las cuevas del campo, por degollar corderos recién nacidos para comerse los ojos.

A pesar de su defensa, basada en comparar sus maldades con la de los otros, fue expulsado de la reunión y se fabricó otro hoyo. El encargado del puesto divisó el agujero entre la tierra recién removida, tiró una pastilla de veneno y tapó la salida. Así acabaron los días para el Peludo.

Pero todos tuvieron que emigrar del campo, porque los peones seguían envenenando las cuevas sin distinción.

—«Animal criminal siempre acaba mal —dijo la Mulita— (pág. 202); para decirlo con palabras de Luis Alposta:

«Es la historia de siempre se me antoja
Que al que cruza el destino con luz roja
no le falta quien le haga la boleta» (12).

(12) *Con un cacho de nada*, Ed. Corregidor, Buenos Aires, 1986, pág. 44. En la página siguiente leemos el «Soneto con bronca» el cual, pese a su lunfardía, no podemos resistir la tentación de transcribirlo:

«Veo un país con palidez de anemia
en manos de mandras y de giles.
Y en él veo también otros perfiles
haciendo alarde de la esquizofrenia.

Veo un país con hombres agotados,
donde el que no labura es el que grita.
Un país que tan sólo habla de guita,
de ministros de turno y negociados.

Veo un país de "prodes" y quinielas,
de inútiles discursos y novelas.
Un país que es consciente de su hastío.

Y es por eso que hoy ando rechiflado.
Yo te hablé de un país que está pinchado,
y ese pobre país —viejo— es el mío».

b) Las copetonas.

Como nuestro hijo Santiago, el dueño de «Las Lilas» prohibía la caza. Las copetonas andaban en banda y según la definición de la Martineta eran «masa» o sea «un montón de gente sin jefe».

Una mañana, un lote fue arriado por los peones hasta un corral, del cual no pudieron salir por su vuelo de cortos alcances; y a pesar de todos los cuidados en pocos días se murieron todas.

Así lo había previsto la Martineta:
«Pueblo sin ley y sin jefe
ni mira al futuro ni mira hacia ayer
mejor es que un cuerdo lo deje
porque su destino será perecer» (pág. 206).

Aquí se pone de manifiesto uno de los problemas más graves de nuestro tiempo: el de la masificación.

Como señala Emil Brunner: «masa es lo amorfo. Lo que no tiene trama, urdimbre ni estructura». El hombre masa carece de raíces. No puede mirar al futuro porque no mira al ayer. Carece de enraizamiento histórico y social. Por eso es voluble, crédulo y fácil de manejar. Le cree a los diarios, a los políticos, a la radio y a la televisión; carece de juicio crítico y por lo tanto de autodeterminación prudente, personal y responsable.

Para decirlo con palabras de Kafka: carece de suelo, de aire, de ley.

c) La Tacuarita Andariega.

Aburrida pronto del pago en el cual había nacido, la Tacuarita Andariega «se largó a correr mundo».

Conoció muchas cosas: ciudades y campiñas; mares, ríos, arroyos, lagos y lagunas; montañas, sierras y quebradas; soportó el frío y el calor... surcó todos los cielos en su afán por conocer el mundo.

Pero «de tanto ver cosas nuevas, he aquí que todo empezó a parecerle viejo; y de tanto buscar cosas distintas, todo se le hizo tediosamente igual. No hubo ya bocado nuevo para su paladar mimado».

Hasta que un día, de un hondazo le arrancaron la cola y le quebraron una pata. «Rabona y renga... se refugió al calorcito de su algarrobo natal». Empezó a habitarlo y a recorrerlo: «cada día descubría algo nuevo y cada día iba aficionándose más su corazón imperceptiblemente a su belleza sencilla, que iba convirtiéndose en algo suyo. Hasta que un día se sintió feliz de su pequeño hogar y se dijo a sí misma: «Antes leía yo muchos libros y todos me parecían

iguales. Ahora leo uno solo muchas veces y en cada página encuentro un mundo» (13).

El Padre Castellani es un modelo para nosotros y por eso entendemos que la mejor manera de rendirle homenaje, es seguir su ejemplo, continuar el camino y en este tema, seguir escribiendo fábulas.

(13) La enseñanza de la fábula nos conduce a uno de los discursos de Saint-Exupéry a los educadores de *Citadelle*: «Os he confiado a los hijos de los hombres no para pesar más adelante la suma de sus conocimientos, sino para regocijarme en la calidad de su ascensión. Y no me interesa aquel de vuestros discípulos que haya conocido, llevado en litera, mil cimas de montañas y así observado mil paisajes, porque en primer lugar no conocerá uno solo verdaderamente, y luego, porque mil paisajes no constituyen más que una partícula de polvo en la inmensidad del mundo. Me interesará sólo el que haya ejercitado sus músculos en la ascensión de una montaña, aunque sea la única, y así estar capacitado para comprender todos los paisajes por venir y mejor que el otro, vuestro falso sabio, los mil paisajes que le han enseñado» (XXXV).

